

13230

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Presidencia del Dr. José M<sup>o</sup> Ramos Mejía



# Formación del Ejército de los Andes

Oración patriótica hecha en Mendoza el 9  
de Septiembre de 1911

por el

Dr. JUAN G. BELTRÁN



BUENOS AIRES

250480—Talleres de la Casa Jacobo Peuser

1911

150 x 200

## FORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES

---

Oración patriótica pronunciada en Mendoza el día 9 de Septiembre de 1911  
en nombre del Consejo Nacional de Educación

---

SEÑORES GOBERNADORES

ILUSTRÍSIMO SR. ARZOBISPO

SR. JEFE DEL ESTADO MAYOR

CONSCRIPTOS:

Ha mandado el litoral ojos anhelosos para mirar de cerca la marca de fuego que dejó sobre el lomo del picacho el casco de la gran caballería.

Y es prueba de la influencia nacionalizadora de estos festejos, el hecho de tener que unir en el mismo afectuoso saludo á las delegaciones de todo el país y especialmente á los dos gobernantes que con su presencia honran este acto.

Era ayer Tucumán y es hoy Mendoza; serán pronto las barrancas del Rosario donde por primera vez ondeara nuestra bandera; luego será Jujuy, después Salta. Y donde haya un recuerdo histórico que glorificar, allí estará siempre presente el Consejo Nacional de Educación, en cuyo nombre he venido á aso-

ciarme á la faz patriótica de estas solemnidades, en las cuales se aunan, en su significado histórico, los dos sentimientos más poderosos que agitan á los pueblos: la religión y el patriotismo: la creencia en Dios y el amor á la Patria.

Altamente auspiciosa del sentimiento nacional es la imagen que ha quedado consagrada: crean en su virtual poder religioso los que tengan la dicha de la fe en sus almas y recuerden á las madres argentinas que en la infancia les enseñaron todas las mañanas á saludar con la oración al visible creador del universo. Respeten los otros el sentir de todo un pueblo que nadie tiene el derecho de discutir ni de estorbar, porque fuera discutir la esencia misma del hombre ó estorbar la luz de las alturas, aparte de ser precepto positivo dejar á Dios la sanción de las conciencias religiosas.

Pero si puede la virgen de Cuyo dejar de ser objeto de creencia y fe apostólicas, no podrá jamás dejar de ser venerada y respetada como monumento histórico: no puede la posteridad borrar los hechos perfectamente averiguados de la tradición y debe sí, so pena de renegar del pasado, aceptar su peso en la gravidez de su conjunto y á nuestros héroes en la integridad de su obra. Esto explica mi representación aquí.

Si los destinos de los pueblos no están tutelados por las alas misteriosas de la Providencia, admitamos al menos que lo están por el genio de sus héroes, y ¿quién puede negar que el genio de San Martín se muestra también en ese símbolo en quien depositó su bastón de mando y bajo cuyos designios bendijo sus estandartes guerreros?

Respetemos y aplaudamos estos actos, que cualquiera sea su entraña dogmática, acentúa la transfusión social del país.

Me ha encargado especialmente el Presidente del Consejo, Dr. Ramos Mejía, de renovar en esta ocasión su credo nacionalizador, su intensa fe en los destinos de la sociedad argentina; y le ha sido grato y encuadra en su obra, poder vincularse á estos actos de iniciativa local, en los que las sociedades fragmentarias de la Nación, evocan las glorias que ellas aportaron y rinde así á las provincias, con entusiasmo y sin reservas, el merecido homenaje por la parte que les correspondió en las horas vulcánicas de nuestra independencia.

Consiste el sentimiento nacional en sentirnos todos partícipes de la tradición y solidarios del presente y del porvenir: derruir los últimos reductos de los prejuicios y de las distancias psíquicas y morales, he ahí la obra magna del Consejo, que amasa una sola alma gigantesca, para que sienta y quiera, y sufra y sueñe y se mueva al unísono, del Aconcagua al Plata, llevando desde aquí, como en el suave deslizar del plano territorial, y trayendo desde allá como subiendo dulcemente la cuesta, la fortaleza de las cumbres y de las llanuras, para conjugarlas en un solo avatar inmenso.

Sembrado está el patrio territorio de recuerdos y de glorias, porque en todo él germinó su historia y es la geografía argentina la geografía del heroísmo y de la virtud. No hay día sin algún recuerdo de gloria argentina, ni rincón donde no sea posible levantar un emblema.

El suelo virgen de nuestra patria fué poblado por tres corrientes colonizadoras: por el este, norte y oeste, los españoles de la conquista lo invadieron y se posesionaron de él. Por esos tres puntos cardinales debían de nuevo abandonarlo, aventados por el genio de la libertad.

Pero fué por aquí, por el oeste, donde se cumplió el verbo emancipador de la América, que la revolución argentina persiguió desde su momento inicial. Aquí están los signos más salientes de nuestra epopeya.

Al acercarnos á Mendoza, nos sentimos ante la doble imponente majestad: la de la Naturaleza y la de la Historia.

Yo he conocido los Alpes y los Pirineos y he podido apreciar la verdad de Humboldt, aplicada por Buckle á las montañas de la India: son los Andes más imponentes, con sus quebradas de 1500 y 1300 metros de profundidad y sus picachos que alcanzan á 6800.

Lejos de estos parajes, no es posible comprender bien como fué esta parte del mundo teatro de una escena prometeana y como San Martín ha superado al genio militar de Aníbal y de Napoleón.

El momento del relieve universal va á llegar para la figura histórica del gran libertador, cuando las nacionalidades por él formadas se perciban en el escenario del mundo con líneas precisas. Las cumbres semejan, á la distancia lejana, puntos microscópicos, que la cercanía agranda hasta la admiración y el espanto.

Mostremos las justas medidas del cuadro haciendo que el pasado viva como el presente, dando la realidad de la carne y de la sangre á los personajes histó-

ricos idealizados por la leyenda. Ver y oír lo que pasó aquí en Mendoza, sentir el tropel del ejército, escuchar el estruendo del rodar y vocear, sorprender al gran genio en medio de las nieblas cordilleranas, es comprender la aptitud moral y mental de ese genio y del pueblo que lo secundó.

La obra de organizar el ejército de los Andes fué como la obra del Génesis: surgió por advocación, nació de la Nada.

Se concentra el espíritu en el asombro y aun en el pavor, al abarcar el cuadro desastroso de la época y la carencia de recursos de donde debía salir aquel organismo destinado á sembrar libertades como mies dorada en campo de zizaña.

Antes que San Martín organizara sus legiones, la Revolución Argentina no había tenido propiamente ejércitos. No pueden considerarse tales las fuerzas colecticias que actuaron en las campañas militares anteriores. Habían sido éstas, multitudes bravías, «poseídas de la rabia de la emancipación»; no fueron fuerzas regulares las que expulsaron á los ingleses en 1806 y 7, ni el temor inspirado por los batallones de patriotas en los días de Mayo, tampoco provenía de esa cohesión que da la disciplina.

Nuestros primeros cuerpos militares no lo eran sino por equivalencia; no habían ni generales, ni jefes, ni soldados, ni táctica, ni disciplina, ni armas, ni uniforme exterior siquiera que los denunciara como tales.

Pero había algo que reemplaza y supera á todo eso y es esa cohesión del sentido íntimo de cada ser, comunicativo y expansivo, que no responde á cálculo ó reflexión, porque reside en el instinto colectivo hacia

la unidad y uniformidad de un propósito común, que es á la vez objetivo, motor, medio, ambiente, obsesión é irreductible volición.

No es la sugestión de la guerra estudiada por Regnault, ni lo que Wolseley llama « encantamiento oportuno del presagio » lo que caracterizó á nuestros primarios conglomerados militares.

Era ese impulso interno que entrena para todos los extremos, para todos los sacrificios, impulso que es movimiento primo y como tal arrasante y conturbador; nada ni nadie lo detiene: ni el coraje, ni el número, ni la estrategia, ni las combinaciones inteligentes, ni el poder destructor de las máquinas infernales.

Cuando un individuo se enfurece de súbito ó es presa de la demencia, todo lo asalta, arrebatada, destruye y es imposible y es inútil detenerle. Si no concluye hoy su obra, la recomenzará luego hasta realizarla. Así fué el pueblo argentino: el furor de la independencia hizo presa en él y el sentimiento de la libertad fué su demencia y su febril delirio. Por eso peleó, reemplazando el arma por el alma.

El Dr. Ramos Mexía ha estudiado el fenómeno de nuestros diminutos é irrisorios ejércitos - multitudes que obtenían victorias sobre aguerridos regimientos españoles como el Picoaga, el Gerona, el Real Alejandro y el Húsares de Fernando VII, que se habían cubierto de gloria en la península, en lucha regular con los ejércitos enemigos.

Belgrano, con 500 hombres, intimó rendición á Velazco en el Paraguay, contando éste con un ejército de 6000 hombres y con 50 milicianos hizo dispersar en Tebicuary á 400 españoles y en Tucumán con 1800

patriotas derrotó los 3000 de Tristán, y en Salta repitió análoga hazaña.

«Alma de las multitudes» llama el creador de la teoría de las Multitudes Argentinas á este pletogénesis que centuplica el poder individual de cada componente. Buscan los pueblos su conductor en las horas imprecisas de formación nacional y consagran á quien puede, en su hora, compendiar las múltiples sensaciones del compuesto.

Pero así como los impulsos primos no son persistentes ni sostenidos, debía llegar y llegó la hora de la reacción, por lo que fué necesario formar un ejército efectivo. Fué ese el ejército de los Andes.

Las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, confirmadas por el desastre de Sipe-Sipe, fueron las consecuencias de la transición entre las multitudes militares y la incipiente organización de nuestros ejércitos.

El plan de San Martín consistió en detener por el norte á los españoles con las guerrillas de Güemes, mientras él preparaba su ejército en Cuyo para caer sobre Chile, libertarlo de un solo mazazo y lanzarse luego á través del mar para hacer otro tanto con el Perú.

¿Con qué contaba para tan atrevida empresa? Nada más que con su ensueño libertario, con su indomable fe en los anhelos populares.

No estaba vaciado San Martín en el molde de los primeros jefes patriotas; fueron estos más bien exponentes de una naciente y rabiosa democracia, que les dió existencia para devorarlos luego. San Martín no se improvisó general; había nacido con calidades guerreras, desenvueltas después metódicamente en las

escuelas militares y las campañas de España contra los franceses.

Empezó San Martín por pedir el nombramiento de Intendente de Cuyo y lo obtuvo.

Su gran sueño, «el sueño de los ojos abiertos», era la libertad de América. Cuando los horizontes empezaban á clarear la realidad del sueño, no eran ya misterio los rasgos principales de su carácter, de gran organizador, militar ingenioso, diplomático y estratega.

Su temperamento era el del hombre de acción que llega al fin, sin pararse en los medios, cuando se trata de romper ligaduras á los oprimidos.

Político por natural intuición, al mismo tiempo que republicano, no le preocupaban mayormente las formas de gobierno; su patria era América libre, y su anhelo exclusivo, la libertad.

San Martín es la alta expresión del americanismo; su patria originaria no era sino un accidente, si bien importante, del colosal continente del Sur, cuyo destino le guiaba.

En Mendoza, entonces alejado rincón del país, sin dinero, sin poderes militares, sin mayores hazañas que lo hubieran destacado, tuvo San Martín el don de conquistar el alma de estos pueblos, que vinculó á su gloria.

Estaba en su naturaleza el desenvolverse con más amplitud, cuando la esfera era más circunscripta y era acicate para su pertinacia la presencia de obstáculos y de dificultades.

En Cuyo, disponiendo de la voluntad de los individuos, y manejándolo todo, administrador y guerrero, haciendo nacer tesoros en el terreno que posa su

planta, formando legiones de hombres, cuyas voluntades disciplina, sacando de la sociedad el máximo de potencia que pueden dar los hombres y las cosas, sin agotar sus fuentes originarias, con el concurso de todo y de todos, por la voluntad ó por la fuerza, inculcándoles sus idealismos de genio, hizo, antes de la conquista de Chile, la conquista de Cuyo, para servirle al desenvolvimiento de sus propósitos.

Su plan fué orgánico como su temperamento y reglamentario como sus hábitos.

Empezó por dar á los niños en las escuelas, nociones de instrucción militar: inyectó en las masas su espíritu guerrero y hasta los extranjeros sufrieron el influjo de su voluntad. Sabido es que los ingleses pidieron formar una compañía diciendo en su solicitud «que no podían mirar con indiferencia los riesgos que amenazaban al país y tomaban las armas dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre en su defensa».

Las tropas debían comer, vestirse y ser pagadas y los recursos no existían: pensó entonces en sacarlos de la provincia á cualquier riesgo. Para lograrlo inventó un sistema de auxilios cooperativos, solicitando, ya monturas que devolvía á sus dueños cuando no le eran necesarias ó bien caballos que mantenía en sembrados de alfalfa particulares; se servía de los arrieros para el transporte de los pertrechos de guerra; y para mantener á sus soldados, el pueblo le hacía donativos de maíz, con que sembraba una chacra.

Llegó el caso de organizar la renta y las contribuciones extraordinarias de Cuyo abastecieron de

dinero el ejército redentor de América. La renta de Cuyo en 1814, cuando San Martín recibió el mando, era aproximadamente de 180.000 pesos provenientes de las aduanas é impuestos municipales. Interrumpido el comercio trasandino, la renta tuvo déficit y se impuso una contribución forzosa por 7000 pesos á los contrarios al sistema de la libertad. Todos los recursos imaginables, como ser donativos, multas, préstamos, de todo se valió. Los obreros trabajaban sin sueldo, las mujeres cosían los uniformes militares y no pudiendo sacar más de los vivos, hasta los muertos entraron en la contribución: el albacea testamentario de don Juan Martínez de Rozas, gran patriota nacido en Mendoza, pero que actuó en Chile, fallecido, tuvo que dar en tesorería 12.000 pesos que San Martín le pidió, manifestando que á vivir Rozas, hubiera dado parte de sus riquezas para la organización del ejército. Todo esto explica la razón por la cual, en tan corto tiempo, había conquistado el héroe tanto ascendiente moral sobre el pueblo de Cuyo.

De conducta y manera de ser afables en el trato social; en el gobierno, paternal y al mismo tiempo autoritario; rodeado de cierto prestigio misterioso proveniente de su moderada reserva; amigo de todos, pero sin ningún íntimo ni consejero; vigilándolo todo personalmente, sin más ayuda que la de su secretario y dos escribientes, tal era el hombre que iba á enfrentarse con el soberbio poder militar de España.

Era San Martín un hombre de alta estatura, de conversación animada, pero seria; lenguaje sencillo y claro, exento de frialdad; de maneras elegantes y seductoras, rostro pálido, ojos vivos y penetrantes

que no dejaban adivinar lo que pasaba en su alma impenetrable. Ante él se experimentaba de tal modo la superioridad de su inteligencia, que llegaba á inspirar desconfianza; la verdad es que con su sagacidad y la rapidez para juzgar de todo, exhibía hábilmente los talentos que poseía. Mirado por otras facetas, parecía á las veces no poseer mucha instrucción y «que carecía de las luces con que se gobierna á los hombres y se gana su estimación».

Muchos grandes hombres cuyos actos heroicos y grandes obras registra la historia, no han brillado por su cultura ni su inteligencia, sino por sus acciones, determinadas por una fuerza propia.

La misteriosa potencia de San Martín era su voluntad que constituía su principal cualidad. San Martín no ejecutaba por mera inspiración, sino por cálculo: cuando disponía una cosa ya la había estudiado y resuelto de antemano. Había formulado por intuición la teoría de la filosofía contemporánea, según la cual «el primer interés de la vida es vivir, que este es el único bien de los mortales y á él todo debe sacrificarse».

La vida de San Martín era un modelo de orden, disciplina y trabajo. Sencillo en el vestir, usaba el uniforme de los granaderos á caballo. Madrugaba; daba audiencia y trabajaba toda la mañana, economizando el tiempo del cual aprovechaba todos los minutos; redactaba su correspondencia y despachos personalmente, sin que á su ojo experto escapara ningún detalle, explicando con ello el éxito debido en parte tal vez á esa multiplicidad de sus facultades. Sobrio en la mesa, su menú consistía casi siempre

en puchero ó asado; á veces no se sentaba para comer.

Recorría los establecimientos públicos y por la noche recibía visitas, con quienes conversaba ó jugaba una partida de ajedrez, su juego favorito, para acostarse á las 10 ó proseguir su trabajo si estaba insomne á causa de sus dolencias.

De su administración en Cuyo, se recuerdan anécdotas que sus historiadores relatan. Así: habiendo manifestado un soldado juramentado en Chile por los españoles, que en conciencia se hallaba impedido para servir y que aunque simpatizaba con la causa emancipadora, se hallaba con las manos atadas, San Martín decretó: «El Gobernador contrae la responsabilidad que alega el suplicante: quedan sus manos libres para atacar al enemigo: mas si una ridícula preocupación aun se las liga, se les desatarán con el último suplicio».

La mujer de un sargento, castigado por una falta disciplinaria, pidió gracia para su marido y San Martín contestó: «No me entiendo con mujeres sino con soldados sujetos á la disciplina militar».

En ocasión de una fiesta de la Virgen del Carmen, un prisionero pidió por ella la gracia de la libertad, á lo cual decretó: «No ha sido poca gracia que librase la vida».

A una chacarera encausada «por haber hablado contra la patria», le fué sobreseída la causa, á condición de que entregara al proveedor diez docenas de zapallos para el ejército.

Habiendo organizado una corrida de toros para amenizar la celebración del 25 de Mayo, puso de lidia-

dores á varios oficiales. Al aplaudir su arrojo, dijo á O'Higgins que se hallaba á su lado: « estos locos son los que necesitamos para derrotar á los españoles ».

En su múltiple actividad abarcaba todas las tareas, hacía de juez, y de obispo cuando se trataba de causas de los curas, llegando á suspender á dos de ellos, que se habían mostrado rehacios á la causa de la regeneración política.

La formación del ejército de los Andes data del año 1814.

Pidió recursos al gobierno para formar una tropa con la base del batallón N° 11, mandado por Las Heras: este batallón constituyó el núcleo del ejército de los Andes. El segundo batallón que empezó á organizarse fué el de San Juan. Agregáronse á estos dos compañías del N° 8 de Buenos Aires, que eran portadoras de cuatro cañones de batalla, dirigidos por el mayor don Pedro Regalado de la Plaza, persona práctica en el manejo de esa arma. Este batallón fué reforzado por el contingente de esclavos cedidos por él, sus parientes y amigos.

Al año siguiente solicitó San Martín la concentración de su regimiento de granaderos en Mendoza; se le mandaron entonces el 1° y 2° escuadrón, que en la Banda Oriental habían hecho la campaña; al mando de estos iba el coronel Matías Zapiola. Unidos á este refuerzo, le fueron remitidos armamento y equipos para cuatrocientos soldados; cuatro cañones de campaña, 300 fusiles, municiones y pertrechos de guerra, que condujeron gratuitamente los carreteros de la región, con noble y desinteresado altruísmo, inspirados en el patriotismo que

supo despertar en sus ánimos el genio de San Martín.

Hizo saber por un bando que los habitantes que no se presentasen voluntariamente al servicio, mientras Chile no se hallase libre del yugo español, serían sorteados, desde la edad de 16 á 50 años. Con esta medida su regimiento tuvo un aumento de 400 hombres. Además, auxiliado por Dupuy y por de la Rosa, practicó una leva entre los vagabundos de la región y mediante esto, al finalizar el año de 1815, contaba con un ejército de 6000 hombres de infantería, artillería y caballería, regularmente armados; tenía además 17 piezas de artillería y el total de sus hombres estaba animado del espíritu guerrero inspirado por su jefe.

Proveída la subsistencia del ejército, necesitaba además administración, médicos y genios adecuados al suyo. Esto también proveyó, con el hombre que su ojo escudriñador supo encontrar en la celda de sus amigos favoritos los franciscanos: fray Luis Beltrán, mendocino, de 30 años de edad, que había profesado desde muy joven. Fray Beltrán, de genio alegre, y tan ingenioso como inteligente y activo, era de múltiples aptitudes, sin más estudio que alguno que otro libro y la práctica; era á la vez de cura, médico y curandero, relojero y artillero, matemático y físico, químico y arquitecto, dibujante y herrero, carpintero y bordador, y todo lo que puede ser un compendio de oficios y ciencias diversas. Aprendía lo que ignoraba con una asombrosa facilidad. Unía á estas cualidades un porte distinguido y una fisonomía franca y jovial. Capellán de uno de

los cuerpos de Cuyo, fué llamado por el General y nombrado teniente de artillería, el 1° de Marzo de 1815, haciéndose cargo del Parque y Maestranza del nuevo ejército.

Su actividad infatigable le hacía ejecutar innumerables tareas; nuevo vulcano, agitado, inspirado y ordenando á 300 obreros á la vez, corría entre las fraguas, yunques y martillos, fundiendo cañones con las campanas que descolgaba de los campanarios; hacía balas, obuses, y esforzaba tanto su voz para hacerse oír que, según un contemporáneo suyo, quedó ronco para toda su vida.

Confeccionó todos los pertrechos de guerra del ejército, mochilas, cartuchos y armamentos de todas clases; zapatos, caramayolas, herraduras para los caballos y bayonetas para los soldados. Era el hombre más inteligente y activo del ejército.

Refiere Mitre que en una conversación que tuvo con San Martín, antes de cruzar los Andes, éste le manifestó que desearía alas para los cañones y él contestó: « las tendrán », y como lo dijo lo hizo, inventando una maquinaria con que se trasportaron al otro lado de los Andes, sin perder ni deteriorar uno solo. Fué siempre un oficial que se distinguió en los ejércitos que sirvió y un patriota sincero y abnegado que merece el nombre de benemérito de la patria.

El parque y la armería fué otra creación del General; dió su dirección al mayor de la Plaza y al capitán chileno Picarte como auxiliar y llevaba San Martín cuenta en detalle hasta de la última arma.

En seguida planteó un laboratorio de salitres y una fábrica de pólvora, nombrando director á su

ayudante de campo Mayor José Antonio Alvarez de Condarco, tucumano, que había estudiado física y química. Con el salitre que producía la provincia y la fuerza motriz del agua aplicada á sus máquinas, produjo pólvora suficiente para las necesidades del ejército.

Para vestir su tropa se hizo fabricante de paños, utilizando un batán que Dámaso Herrera y el molinero Tejeda hicieron marchar, movido por el agua, llegando á producir paños y bayetas.

Creó un tribunal de guerra nombrando auditor al doctor Vera y Pintado y adoptó un código penal militar.

Nombró cirujano mayor del ejército al doctor Diego Paroissiens, y al doctor Zapata, segundo cirujano.

Se llevó con escrupulosidad, bajo la dirección del doctor Juan Gregorio Lemos, la contabilidad de los caudales públicos.

Tal era en alma y componentes el ejército de los Andes en Mayo de 1816. Solo faltaban á San Martín 1400 hombres y 30.000 pesos, cuando á causa de habersele ofrecido el comando de la expedición al Alto Perú, que él rehusó, llegó á temer que sus trabajos y empeños por la travesía de los Andes, para libertar á Chile, se vieran malogrados.

A medida que los preparativos del ejército se activaban, se instruía la guardia nacional de Cuyo, organizada en batallones según el arma y dividida por razas, oficios y localidades. Formóse además un batallón de artillería, con sus piezas correspondientes.

El batallón de cívicos blancos, en la capital, tenía por Comandante á don José Villanueva; el de cívicos

pardos á don Juan Antonio Sosa de primer jefe; los dos de caballería los mandaban el coronel de milicias don Pedro José Campos (de Buenos Aires) y el coronel don Valeriano Godoy, respectivamente; la artillería era mandada por el capitán don Luciano Díaz (de Buenos Aires).

Tenía el ejército de San Martín además un campo de instrucción á cinco millas de Mendoza, en el Plumerillo, con espaciosas barracas de material crudo para cada batallón y regimiento y para el Estado Mayor. Este se encontraba organizado en la forma siguiente: Mayor General, Brigadier don Miguel Estanislao Soler; Teniente Coronel, don Antonio Luis Beruti. Edecanes del General en Jefe: Teniente Coronel don José María Rojas; Sargentos Mayores, don Manuel y don Mariano Escalada; Sargento Mayor, Caparroz; Sargento Mayor, Arcos, de ingenieros. Ayudantes de ingenieros, Arenales, hijo del General, después jefe del Departamento Topográfico de Buenos Aires y varios oficiales más.

Se incorporaron después los Generales don Antonio Balcarce y don Hilarión de la Quintana. El número 11 de San Juan aumentó su contingente con 300 hombres más. El 10 de cazadores estaba organizado al mando del comandante don Rudecindo Alvarado y Sargento Mayor Severo García.

El regimiento de granaderos á caballo recibió contingente de reclutas de San Luis y de un escuadrón que llegó de Buenos Aires al mando de su comandante don Mariano Necochea.

Varios oficiales extranjeros ingresaron al ejército de Cuyo: entre ellos el General francés conde Brayer,

O'Brien, irlandés, que sirvió en granaderos á caballo y fué edecán de San Martín y se retiró de General, Brandzen y otros.

Contaba el ejército con un personal médico, con un cirujano para cada batallón, h6spital ambulante, medicinas é instrumentos de cirujía.

El ejército aumentaba en número y en necesidades, por lo cual se extremaron las obligaciones patri6ticas conocidas para sostenerlo.

En Agosto de 1816 se celebr6 en C6rdoba una entrevista entre los Generales don Juan Martín Pueyrred6n nombrado por el Congreso de Tucumán Supremo Director del Estado, y don Jos6 de San Martín, despu6s de la cual Pueyrred6n march6 á Buenos Aires para hacerse cargo de su mando y San Martín regres6 á Mendoza para activar los preparativos de marcha, habiendo ambos concordado sobre el plan á seguir.

En esta ocasi6n era urgentísimo trasportar de Buenos Aires á Mendoza algunos cajones de fusiles, sables y carabinas, cosa que no se hacía en menos de noventa días entre ida y vuelta. Se ofreció entonces un vecino, gran admirador de San Martín, que ofreció hacerlo en 45 días, desde su partida hasta su regreso. Con asombro del General, que no crey6 en tal hazaña, á los 45 días, don Pedro Sosa, que así se llamaba ese vecino, estaba de regreso: nunca olvid6 San Martín este servicio y en los últimos días de su vida refería esta hazaña con gran cariño.

El regimiento 11, mandado por Las Heras, fué dividido en dos, tomando Alvarado el mando de uno de ellos.

San Martín fué investido por el Congreso con el ca-

rácter de Capitán General con plenitud de facultades y en consecuencia él delegó el mando político de la Provincia en el Coronel don Toribio Luzuriaga.

Todo estaba preparado ya, pero ignorando San Martín si los españoles habían cerrado el paso de Uspallata y los pasos que desembocan en el Valle de los Patos, se valió de la siguiente estratagema para averiguarlo. Con motivo de la proclamación de la Independencia argentina en Tucumán, el 9 de Julio de 1816, imaginó comunicarlo al gobierno de Chile, mandando una copia del acta, por medio de su Ayudante de Campo, ingeniero Alvarez Condarco, á quien recomendó que levantara mentalmente un plano de las fortificaciones; que tomara para ir el camino más largo, que era el del Valle de los Patos, advirtiéndole, que si no lo ahorcaban, lo despacharían por el más corto ó sea el de Uspallata, como en efecto sucedió, viniendo á saberse por este medio que los caminos estaban libres y formando Condarco un plano que sirvió para trasmontar la cordillera.

Tuvo también el ejército su imprenta de campaña que había de dar á conocer en sus boletines, las nuevas de sus victorias.

El infatigable San Martín, aunque bastante enfermo, lo que hacía más grandioso el heroísmo de su férrea voluntad, recorría sus ejércitos, animando á los unos y enseñando á los otros: los batallones en que más se detenía eran los de los negros, esclavos libertos, á quienes aseguraba que los jefes españoles se presentaban á tomarlos para venderlos como esclavos en las haciendas del Perú, y se mostraba indignado de que pudiera pensarse que era fácil tomar vivos á tan va-

lientes hombres libres, que sabrían defender su vida y su libertad.

A sus queridos granaderos les decía — enseñándole el manejo de sus sables — que los españoles creían que esos sables eran de lata y todos, blancos y negros, llenos de santo ardor, imitaban sus movimientos y aprendían sus lecciones, estimulados con su ejemplo.

A sus jefes de cuerpos los llamaba con toques de corneta para conferenciar con ellos. Por las noches recorría las escuelas militares, corrigiéndolo todo, discutiendo sobre lances probables. Después de la tercera lista se rezaba el rosario y todo el mundo reposaba.

Imitando el ejemplo de Belgrano, introdujo en el ejército las pláticas religiosas, dando á su ejército un ideal moral. Y el 5 de Enero de 1817, un mes antes del comienzo de su heroica campaña de los Andes, se procedió al juramento de la bandera, solemnidad que se llevó á cabo en un altar levantado á la entrada de la iglesia Matriz. Se decoró con profusión de banderas, colgaduras y trofeos de armas, toda la ciudad.

En el altar se había colocado, engalanada con los colores de la patria, una imagen de nuestra Señora del Carmen, del Convento de San Francisco, á quien San Martín había regalado una bandera y su bastón de mando, que sostenía en su diestra, declarándola *Patróna del Ejército de los Andes*. En ese altar se hallaban todas las banderas del ejército que después de bendecirlas se les repartiría.

A la hora convenida, todo el ejército se puso en marcha y llegando á la plaza se desplegó en sus cuatro costados. Emocionados por el imponente espectáculo, sentíanse los veteranos y demás soldados. El Gene-

ral San Martín, de gran uniforme de gala, se hallaba con su Estado Mayor á la derecha del altar.

El Capellán Castrense del ejército, canónigo doctor don José Lorenzo Guiraldes, ofició la misa y bendijo las banderas. Tomando entonces una de ellas, subió el General San Martín á una plataforma levantada en la plaza y con la cabeza descubierta, y extendiendo en su diestra la bandera exclamó: ¡Soldados! *Esta es la primer bandera independiente que se bendice en América, jurad sostenerla, muriendo en su defensa, como yo lo juro!*

*Lo juramos* respondieron á una voz, llenando después del juramento, el espacio con sus aplausos atronadores y sus gritos de ¡Viva la Patria! Una descarga de 25 cañonazos saludó á la bandera.

Cada cuerpo del ejército se aproximó después al altar para recibir de manos del general en jefe su bandera, en medio de las entusiastas aclamaciones de todos esos emocionados seres y las armonías de las bandas. Esa fué la bandera que había de guiar los pasos gloriosos del otro lado de los Andes.

En los primeros días de Enero de 1817, todo era en Mendoza agitación y aprestos de partida; en todos los semblantes se leía el entusiasmo patriótico.

El campamento se había hecho punto de reunión de la alta sociedad y sus elegantes damas. Por desgracia, á medida que se aproximaba la partida, muchos soldados desertaban; estos actos fueron, empero, reprimidos por medio de varios fusilamientos, que sirvieron de lección.

La gran cordillera de los Andes, cuyas cimas de 6800 metros, cuyos valles profundos, depresiones del

suelo, desfiladeros estrechos, y ríos tormentosos, imponía pavor con su inmensa grandeza, sólo tiene contados pasos, entre ellos Uspallata y los que mueren en el Valle de los Patos, frente á Mendoza y San Juan; al norte el de la Ramada y Come Caballos, que comunican La Rioja con Coquimbo y Copiapó; y al sud los de Planchón, que conduce al Valle de Talca y del Portillo, que conduce á la capital chilena.

Pasar un ejército de las tres armas, con su artillería, armamentos y vituallas, mulas y caballos, por sus angostos desfiladeros, para vencer á un enemigo defendido, tal era el problema á resolver por el General San Martín, que no dormía pensando en los inmensos montes que debía atravesar. Mas adelante, ya no eran los montes los que le quitaban el sueño, sino la llanura que, al pasar los Andes, quería encontrar para batir al enemigo.

Hombre estratégico por excelencia, se valía de mil medios para despistar al enemigo, y convencerlo que su invasión sería por el sur. Uno de ellos fué trabar alianza con los indios pehuenches, dueños de la cordillera al sur de Mendoza, invitando á su jefe á un parlamento en el campamento de San Carlos, acto que se llevó á cabo, quedando toda la tribu, menos tres caciques, aliados de San Martín. El colocolo de las tribus era un viejo llamado Necuñan.

En su astuta diplomacia, había previsto San Martín que los caciques no aliados denunciarían á Marcó, presidente de Chile, sus proyectos, como sucedió.

Hízoles creer al mismo tiempo que el 15 de Octubre saldría de Buenos Aires una escuadrilla al mando de Taylor, cuyo objeto se ignoraba y que un ingeniero

había salido de Mendoza para construir un puente sobre el río Diamante; todo esto hizo perder la cabeza á Marcó, que distrajo sus fuerzas para defender distintos puntos que creía amenazados, menos el principal, por donde realmente iría el ejército de los Andes.

Las guerrillas de Rodríguez, Salas y Villota, desaprobadas por San Martín, en cartas que iban á manos de Marcó, aumentaban la confusión de éste. Hasta el bandido Neyra, con sus hombres, atacaba las poblaciones y hostilizaba á los españoles, quienes en vano pretendían apagar el incendio de las insurrecciones, que servían para distraer fuerzas españolas en el sur, abandonando el puesto por donde debían ser atacados.

En Mendoza todo se activaba: las fraguas ardían continuamente: fray Beltrán, el incansable, ejecutaba nuevas máquinas de su invención, especie de zorras angostas, montadas sobre cuatro ruedas bajas, para hacer « volar » los cañones, proveídas de perchas para suspenderlos en los pasos difíciles.

Hizo fabricar San Martín una preparación llamada charquicán, especie de compuesto de carne secada al sol, tostada y molida, que cada soldado podía llevar en su mochila, para ocho días de alimento. Hizo juntar en todas partes trapos de lana para forrar el calzado de sus soldados, calzado fabricado como sandalias por los mismos soldados, con los cueros de desperdicio de las reses de consumo. Hizo afilar los sables de los granaderos, y pensó en utilizar clarines para las órdenes. Preocupóse de las herraduras de los caballos. Ideó puentes de cuerdas para el pasaje de los ríos y necesitando 1500 caballos, y 12.000 mulas de carga,

los solicitó al Gobierno, diciendo en su petición « que si no tenía mulas, iría á pie ».

Estando todo listo para « la de vámonos », como decía San Martín, en la tarde del 20 de Enero, púsose el ejército en marcha, camino de los Andes y de la gloria.

Componíase éste al partir de 3000 infantes, divididos en cuatro batallones, á las órdenes de Alvarado, Cramer, Conde y Las Heras; cinco escuadrones de granaderos á caballo con 700 plazas, al mando de Zapiola, Melián, Necochea, Escalada y Ramalla; una brigada de 250 artilleros con 10 cañones de batalla de á 6, dos obuses de 6 pulgadas y 9 piezas de montaña á cargo de La Plaza. Además, 1200 milicianos de caballería, arrieros, operarios y 120 maestranzas de las minas de Mendoza.

El ejército estaba dividido en tres cuerpos, con su estado mayor, sus guías, médicos y todo lo concerniente, cada uno. Dos de estos debían marchar por el Valle de los Patos y tomar el paso de las Yarretas; y el otro debía tomar el paso de Uspallata, con la artillería. La dotación de municiones era de 900.000 tiros de fusil y carabina, 2000 de cañón, 200 de metralleta y 600 granadas. Habían además 10.000 mulas y 1600 caballos de pelea.

Un ilustrado militar argentino ha rectificado el error de todos los historiadores sobre el pasaje de los Andes por el *Paso* de los Patos. El Coronel Moscarda, previo un estudio concienzudo de la Cordillera, demostró en su « Geografía Militar de San Juan », la confusión hecha por los historiadores entre el *Valle* de los Patos y el *Paso* de los Patos. Según el Coronel Moscarda, al *Valle* de los Patos desembocan tres pasos, uno de

ellos absolutamente impracticable para un ejército y que solo puede ser frecuentado por contrabandistas, llamado paso de los Patos. El paso más practicable es el de las *Yarretas* y fué por él que pasó el ejército de San Martín. El General Mitre aceptó esta rectificación del Coronel Moscarda y lo autorizó á publicarla, como lo hizo.

Las provisiones consistían en 600 reses en pie, galleta, harina de maíz, charqui molido con grasa y ají picante, queso, vino (á ración de una botella para cada hombre), aguardiente, cebollas, ajos, etc., calculado todo para quince días de marcha en la cordillera.

Á todo esto, también pensó San Martín en asegurarse una ventajosa retirada y dispuso todo previendo el caso.

Lo que asusta y abisma, es la grandiosa concepción y el arrojo con que se verificó ese paso de Los Andes, por ese puñado de valientes.

Los movimientos estudiados de San Martín se dirigían á ocupar Chacabuco, punto estratégico, con arreglo al plan establecido de antemano, para dar en él el ataque simultáneo, fortificarse allí y esperar el grueso del ejército, para interceptar las comunicaciones con la capital de Chile, ó dejar cortada la división realista que ocupaba el valle.

El 24 de Enero se hallaba acampado Las Heras en el valle de Uspallata, cuando tuvo aviso de que la avanzada de Picheuta había sido sorprendida por una compañía española de 60 hombres, vanguardia del destacamento español, que el mayor de Talaveras mandó avanzar por el camino de Uspallata, para practicar un reconocimiento. En el acto, Las Heras mandó

una compañía del 11° y el piquete de granaderos á caballo para perseguir al enemigo; éste fué alcanzado en « Los Potrerillos », trabándose un combate y obligó á ponerse en fuga á los españoles.

San Martín recibió esta noticia en « Los Manantiales », y lo disgustó en sumo grado. El enemigo, dándose cuenta de que sería atacado por Uspallata, concentraría allí sus fuerzas, antes de que el ejército argentino pudiera reunirse. Para impedirlo, ordenó que el ejército continuara su marcha y que un destacamento de 200 hombres, mandados por Arcos, ocupara la garganta de Achupallas, batiéndose allí hasta dar tiempo que las columnas del ejército llegaran á la planicie; así se hizo, y el 4 de Agosto, el teniente Juan Lavalle, con 25 granaderos á caballo, batió y puso en fuga á los realistas.

El 2 de Febrero, Las Heras derrotaba al enemigo en el punto de « La Guardia Vieja ».

El 5 llegaban los fugitivos á Santa Rosa, y los dispersos de las Achupallas, á San Felipe. En ese momento, el jefe realista recibía una carta de Las Heras (buen discípulo, en estrategia, de San Martín), en la que le proponía el canje de los prisioneros argentinos de « Picheuta » por otros españoles de « Guardia Vieja ». El portador del pliego, engañado por el retroceso simulado de Las Heras, llevó al campamento español la noticia de que ese ejército regresaba á Mendoza. Creyendo el jefe español disipado el peligro por Uspallata, reunió sus fuerzas hacia Achupallas y Las Heras continuó libremente hasta Santa Rosa, al mismo tiempo que el grueso del ejército penetraba en el valle de Putaendo.

Dueños eran los argentinos de Santa Rosa y Putaendo: el jefe español Atero fué batido y derrotado en Las Coimas; los habitantes de los valles de Aconagua se decidieron por los patriotas invasores, rehusando socorrer á los realistas. Mientras tanto, como lo previó San Martín, la concentración del ejército argentino se había realizado en el llano occidental de los Andes, y en la fecha indicada por él, el sur y el norte de Chile estaban reconquistados por los patriotas.

Ese fué el ejército con el cual había de consumarse la emancipación del Continente Sudamericano; como una erupción volcánica brota de improviso en la cresta montañosa, así surgió en Mendoza ese chispazo genial que fué luz de libertad. Parecería como si elaboraciones seculares de la entraña andina hubieran fecundado los amores latentes de un Júpiter americano.

Si honor cabe al gran genio, honor inmenso cabe también á Mendoza y á los demás pueblos de Cuyo que lo secundaron. Honor á los mendocinos, y honor á sus mujeres que pueden blasonar de aquel ejemplo, en que imitando á la Reina Católica que dió sus joyas para auxiliar al otro gran visionario, dieron las suyas para transformar el oro y las pedrerías en acero forjador de libertades americanas.

Si entonces el heroísmo de los cuyanos se mostró en su plenitud, ha quedado sellada para la posteridad de los siglos el compromiso de las generaciones sucesivas de no disminuir aquel ejemplo, grandioso como la naturaleza que esparciera constantemente delante de sus ojos la tónica de las aspiraciones infinitas.

El sentimiento patriótico se exalta y se fortalece al evocar aquí, en la misma atmósfera que respirara el Genio, las inigualadas concepciones de su cerebro potente. El voto más sincero en presencia de los gallardos regimientos actuales, fuera retrotraer la Historia, detener al Gran Libertador en el sigilo de su marcha y engrosar con vosotros, que no habríais de desmerecer de las huestes andinas de 1817, la legión tutelada por Dios y por los cóndores.

Pero el Ejército Argentino no tiene hoy una misión de guerra y mucho menos la tendría aquí, porque hoy los Andes no dividen: vinculan á pueblos hermanos: son como un pecho gigantesco y de sus costados laterales se desprenden dos brazos, en cuyos músculos se apoyan dos nacionalidades nobles y laboriosas. No han de replegarse esos brazos jamás, el uno sobre el otro, si no es para oprimir recíprocamente sus manos en el más cordial y afectuoso apretón de la solidaridad y de la armonía americanas, como en su hora se replegaron para ahogar á sus déspotas.

Hace pocos días, el eminente profesor Colajiani ha hablado en su patria, poseída en este momento de injustificadas susceptibilidades, sobre este tópico: el orgullo argentino. Fuera de ser un tanto aventurado hacer la psicología de un pueblo sin conocerlo de cerca y describir su temperamento sin haberse mezclado á las vibraciones de su alma, sin escuchar las modulaciones directas de su voz y sin auscultar las ternuras sin cautela de su corazón, hay error manifiesto en la tesis del ilustre profesor: la ciencia se equivoca á cada paso y muestra, ella sí, su hueca vanidad.

No tenemos nosotros la culpa de que la Na-

turaleza haya hecho en grande á la República Argentina, imponiendo á sus hijos responsabilidades inmensas en el concierto universal. Quiso Dios crear un tesoro estupendo para confiarlo á nuestras manos, dándonos una carga de la cual debemos mostrarnos dignos y celosos guardianes.

Es el orgullo un sentimiento mezquino y egoísta. Y ¿acaso alguien ha abierto su suelo con más liberalidad que nosotros, para servir de hogar á todos los hombres del mundo? Acaso no ha sido el actual mandatario argentino quien pronunciara la nueva fórmula generosa, desprevenida, síntesis de todos los altruísmos, de América para la humanidad?

No, no es orgullo: es conciencia del deber, es sentimiento de responsabilidad lo que caracteriza la conducta argentina: es unidad de concepto ante la tradición, que nos impone ser sus continuadores.

Triunfa aquí la raza latina, que hace crisis en otras partes. Bendito orgullo, si tal se juzga esta pasión fraternal con que atraemos la desventura ajena para cambiarla en dicha. Bendito orgullo, este poder que nos permite transformar lo malo en bueno y derivar la mayor intensidad de ajenos problemas sombríos, mediante la luz de la esperanza que la bandera bicolor esparce.

Ella sí que está preñada de orgullo, pero de sano y santo orgullo. Orgullosa de no haber sido jamás plegada por la vergüenza ó la derrota; de no vestirse sino los colores de la pureza y del ideal; de sentirse sostenida en vuestras manos, conscriptos de la Patria, que sabéis cuanto ello importa como honor y compromiso; de saber que jugaríais cincuenta vidas si tuvie-

rais, antes de verla rodar en el fango de la humillación, á ella que es la luz de nuestros ojos, la sangre de nuestros mártires, la evocación de nuestra historia, el emblema de nuestras glorias, el astro orientador de nuestro porvenir, la lámpara votiva de las libertades americanas, el ensueño inmortal de nuestros héroes, que ha de retoñar siempre, al amparo de nuestros definidos destinos de amor, de bien y de trabajo.